

PETRONI ARBITRI *Satiricon*. PETRONIO ÁRBITRO, *Satiricón*, intr., trad. y nts. Roberto Heredia Correa, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Coordinación de Humanidades, 1997 (Bibliotheca Scriptorum Graecorum et Romanorum Mexicana), CLIX + 147 + 147 págs.

A mi diestra pon la estatua de mi Fortunata sosteniendo una paloma, y que lleve una perrita atada con un cingulo; y a mi pilluelo; y numerosas ánforas selladas para que no derramen el vino. Y será bien que esculpas una urna rota y a un siervo llorando sobre ella. Y un reloj en medio para que cualquiera que se fije en las horas, quiera o no quiera, lea mi nombre. También la inscripción; ve diligentemente si ésta te parece idónea: “C. Pompeyo Trimalción Mecenatiano aquí descansa. Le fue concedido el seviroto en ausencia. Pudo estar en todas las decurias en Roma, sin embargo, no quiso. Pío, valiente, fiel; de poco creció, dejó treinta millones de sestercios, y nunca oyó a un filósofo. Salud: y a ti también”. (*Sat.*, 71)

Y después de dictar su epitafio al marmolista Habinas, y de instruirlo pormenorizadamente sobre cómo había de construir su mausoleo, Trimalción rompe a llorar abundantemente y con él toda la servidumbre y los comensales después, en medio del pantagruélico banquete que ha ofrecido a sus amigos, y hasta el narrador Encolpio, que se había divertido de lo lindo toda la noche, había comenzado a soltar lágrimas, pero repentinamente Trimalción cambió de ánimo y exhortó a todos a pensar en la vida y los invitó a ir a los baños, con lo que a todos se les bajó la borrachera.

Del famoso “Banquete de Trimalción”, el único episodio del *Satiricón* que se conserva íntegro, el epitafio me parece clave. En esas breves cuatro líneas, el anfitrión se retrata a sí mismo y los valores de su clase, sus colibertos, como él mismo los llama, con orgullo fraterno. A sus siervos los trata con magnanimidad y no rara vez se comporta indulgente cuando cometen una falta. Está al pendiente de que el

equipo de cocineros cene y los manda relevar y, al final, hace que la servidumbre se siente junto con los comensales a disfrutar del banquete, pues, dice, todos bebimos de la misma leche. Al equilibrista que cae de una alta escala y lo hiere en el brazo, lo perdona sin que nadie se lo ruegue, y en su testamento, que ha leído antes de ordenar su mausoleo, promete manumitir a todos sus esclavos, algunos de quienes ya son ricos y podían comprar su libertad, pero prefieren seguir bajo la tutela de su señor, como Hermerote que riñe con Ascilto porque éste se burlaba de todas las sorpresas que tenía preparadas Trimalción para agasajar a sus invitados.

Por el orgulloso discurso de Hermerote y aun más por el del propio Trimalción, que narra también orgullosamente su manumisión y su afortunada historia, se ve que ese banquete fue ofrecido a los amigos colibertos de Trimalción, pues se sabe que el día anterior había sido dada otra fiesta a “gente de mayor alcurnia”, dice Trimalción, pero no tan generosa y abundantemente. Otro indicio es el jabalí que habiendo sido preparado para la cena del día anterior no fue consumido y lo sirvieron en el banquete cubierto con el púleo, que se ponían los esclavos cuando eran libertados, y con el cual se arroja el joven esclavo Dióniso cuando Trimalción le concede la libertad, por haberlo agradado recitando poemas de la autoría de su señor.

El banquete pareciera entonces dedicado a esa especie de cofradía, formada de esclavos libertos, enriquecidos por la agricultura y el comercio, una clase de nuevos ricos, como dice acertadamente Auerbach en el segundo capítulo de la *Mimesis*, dedicado a Petronio,¹ pero, a mi parecer, no solamente de nuevos ricos, sino de manumisos o en vías de serlo, lo cual explica la solidaridad de quienes están adentro y el resquemor y la envidia de quienes están por fuera, como el confidente de Encolpio su vecino en el banquete, quien lo pone al tanto de esa gente y en especial de Fortunata, la mujer de Trimalción.

Todo ello explica también el carácter de la fiesta, la familiaridad entre los comensales, los sentimientos democráticos de Trimalción para con los de su clase y, particularmente, su ostensiva condición de liberto. También se explica la lectura del testamento y el hacer pública su voluntad *post mortem*, como parte central del banquete. Y a esto obedece la presencia del marmolero, una de las líneas maestras del relato.

¹ Erich Auerbach, “Fortunata” en *Mimesis. La representación de la realidad en la literatura occidental*. México, Fondo de Cultura Económica, 1996 (Sección de Obras de Lengua y Estudios Literarios), pp. 31-54.

R. H. Barrow, confirmando la importancia social y económica que llegaron a tener muchos esclavos en tiempos del Imperio, señala también que formaban sociedades o clubes organizados por libertos de muy diversa posición social y económica:

Estos círculos, a los que a veces pertenecían hombres de todas estas clases, combinaban un culto religioso con las amenidades de un club social o de un club “de banquetes”, y a menudo se encargaban de los funerales de los miembros. Eran iglesia, grupo social, gremio y sociedad funeraria...²

Aunque tales círculos fueron minuciosamente reglamentados, incluso respecto a los alimentos y los vinos que en ellos debían servirse, así como sobre las normas de conducta que debían observar los participantes, en el banquete de Trimalción están dados los elementos principales, que Petronio, como bien señala Roberto Heredia, parodia regocijadamente.

Es este carácter el que, a mi ver, le da unidad a todo el episodio y el que explica también que, desgajado del texto mayor, se hubiese conservado de manera íntegra. Como señala Auerbach, Petronio se sirve de un recurso narrativo de excepcional calidad artística, sin antecedente conocido en la tradición clásica, consistente en narrar desde dentro del grupo, a través de los largos y detallados parlamentos de los personajes, produciendo así el efecto de un juego de espejos que sólo hallamos en el relato moderno, como el de Proust.

El “Banquete de Trimalción” es, por todo ello, una obra prima del arte universal, y que ahora Roberto Heredia, con la maestría de un gran traductor y filólogo, nos obsequia en esta primorosa versión, que se lee y se disfruta con inmenso placer.

Jorge RUEDAS DE LA SERNA

² R. H. Barrow, *Los romanos*. México, Fondo de Cultura Económica, 1990. (Breviarios, 38), pp. 105-106.